

Diálogo con

Diálogo con Ignacio Álvarez Ossorio

por Hernán Lucena Molero

Ignacio Álvarez Ossorio es un escritor argentino nacido en 1955. Ha publicado varias novelas y cuentos. Su obra más reciente es el libro "El hombre que mira", publicado por la editorial Trilce. Este libro es una novela que trata sobre la vida de un hombre que mira a los demás y se pregunta por qué lo hacen.

El libro "El hombre que mira" de Ignacio Álvarez Ossorio es una novela que trata sobre la vida de un hombre que mira a los demás y se pregunta por qué lo hacen. Este libro es una novela que trata sobre la vida de un hombre que mira a los demás y se pregunta por qué lo hacen.

“ *Las revueltas vienen a demostrar que no hay nada en las sociedades islámicas que las haga inmunes a la democracia, los derechos humanos, la justicia social o la gestión pacífica de los conflictos* ”



Fotos: Estela Giraldo

Ignacio Álvarez Ossorio: Profesor del Área de Estudios Árabes e Islámicos. Departamento de Filologías Integradas. Universidad de Alicante-España.
ialvarez@ua.es / <http://proximooriente.blogspot.com/>

Diálogo con Ignacio Álvarez Ossorio

“Israel es la principal víctima de la Primavera Árabe”

Hernán Lucena Molero

CEAA/ULA

MÉRIDA-VENEZUELA

humaniadelsur@yahoo.com

El mundo ha observado a través de los medios de comunicación los acontecimientos árabes, los cuales han generado *múltiples debates*. Al cumplirse un año de las revueltas populares denominadas “primavera árabe”, muchos íconos del *status* dominante de la región se han desmoronado y los pueblos siguen preguntándose si los logros populares obtenidos en el Norte de África y el Medio Oriente han sido suficientemente significativos. En todo caso, los efectos de dichos movimientos son expansivos e incluso explosivos, y están teniendo repercusiones en la región y el resto del orbe. Para la comprensión de estas cambiantes y complicadas realidades multinacionales es necesario escuchar y tomar en cuenta posiciones que contrasten mutuamente, y en particular aquéllas más autorizadas y con una obra publicada más amplia. Por ello, es un honor para *Humania del Sur* entrevistar por vía electrónica al Dr. Ignacio Álvarez Ossorio, docente y prolífico investigador de la Universidad de Alicante, en España, cuyas reflexiones en este número pueden constituir un referente significativo.

¿Cómo califica usted el reciente éxito electoral de los islamistas en Egipto, Túnez y Marruecos? ¿O el hecho de que en Egipto el segundo partido más votado haya sido el salafista que cuestiona la compatibilidad de la democracia con la sharia?

Era algo previsible, ya que desde décadas atrás los partidos islamistas se han destacado como la única alternativa real a los gobernantes autoritarios árabes. Esta victoria electoral tan contundente no puede entenderse

“*El vacío que dejó el Estado fue aprovechado por la sociedad civil y los grupos islamistas que, poco a poco, fueron ofreciendo servicios para una población cada vez más empobrecida.*”

sin hacer referencia a la crisis del Estado árabe y a la ruptura del contrato social que mantenía con la población. En la década de los ochenta del pasado siglo, el Estado árabe colapsó como resultado de su incapacidad para dar respuestas a la grave crisis

económica, social y política que padecían la mayor parte de los países. El vacío que dejó el Estado fue aprovechado por la sociedad civil y los grupos islamistas que, poco a poco, fueron ofreciendo servicios para una población cada vez más empobrecida. Gracias a esta labor, los movimientos islamistas extendieron sus bases sociales y su popularidad. Cuando se inició un tímido proceso de liberalización política, hace ahora veinticinco años, los movimientos islamistas obtuvieron excelentes resultados en Argelia, Jordania, Egipto y Yemen. Tras este éxito, los regímenes autoritarios decidieron retomar las dinámicas represivas y poner fin al experimento reformista, todo ello con el respaldo de los países occidentales que vieron en el auge de los islamistas una amenaza verde similar a la representada por la Unión Soviética durante la Guerra Fría. Por lo tanto, podemos decir que en las últimas décadas hemos vivido en una anomalía, ya que en algunos países árabes se celebraban elecciones semicompetitivas, pero los resultados eran manipulados para que los partidos oficialistas se impusieran abrumadoramente sobre sus rivales.

La victoria electoral de los partidos alternativos era, por lo tanto, una mera cuestión de tiempo. Cuando se dieran las condiciones adecuadas y se celebrasen elecciones realmente competitivas, estos grupos conseguirían alzarse con la victoria. Si bien es cierto que tras el estallido de las revueltas populares en Túnez y Egipto, estos grupos decidieron mantenerse en un discreto segundo plano ello no quiere decir que hubiesen perdido el control de la calle. Más bien se trata de una decisión intencionada, ya que eran plenamente conscientes que su presencia en las manifestaciones sería aprovechada por los gobernantes árabes para lanzar, una vez más, su ya conocido discurso: “Nosotros o el caos islamista”. No en vano, Ben Ali, Mubarak, Gadafi, al-Asad o Saleh acusaron a Al-Qaeda de estar detrás de las manifestaciones callejeras en un intento desesperado de ganarse el respaldo occidental a su salvaje represión de las manifestaciones. Quizás por eso, los islamistas decidieron mantenerse al margen en los primeros compases de la

movilización popular. No obstante creo que su presencia fue decisiva para propiciar la caída de los dictadores árabes, especialmente en Egipto y Libia.

Sólo partiendo de estas premisas puede entenderse la abrumadora victoria de los partidos islamistas en las elecciones celebradas en Túnez, Marruecos y Egipto. En los dos primeros países ya se han establecido sendos gobiernos islamistas dirigidos por Ennahda y el Partido de la Justicia y el Desarrollo y, en los próximos meses, es bastante probable que al Partido de Libertad y la Justicia, marca electoral de los Hermanos Musulmanes, se le encomiende la formación de un nuevo gobierno, una vez que la Junta Militar ceda el poder a un gobierno civil. En mi opinión, el amplio respaldo popular que han cosechado en las urnas premia el pragmatismo del que han hecho gala en las últimas dos décadas. En los últimos años, los movimientos islamistas árabes han experimentado una evolución radical: han reconocido la pluralidad de las sociedades árabes (en lo ideológico y confesional) y, en consecuencia, han renunciado a imponer por la fuerza sus concepciones aceptando, con ello, los

principios democráticos (incluida la alternancia en el poder). También se han mostrado partidarios de coordinarse con el resto de fuerzas opositoras (como en el caso de la Asamblea

“*Los movimientos islamistas árabes han experimentado una evolución radical: han reconocido la pluralidad de las sociedades árabes (en lo ideológico y confesional).*”

Nacional por el Cambio en Egipto o el Frente de Salvación Nacional en Siria, por mencionar tan sólo dos ejemplos), aunque es evidente que todavía les queda un largo camino por recorrer. Lejos de ser una mera táctica, este movimiento evidencia que nos encontramos ante una etapa marcada por el post-islamismo. Esta tendencia es más acusada en Túnez y Marruecos que en Egipto, pero es evidente que los partidos islamistas de hoy no comparten los presupuestos que defendían treinta años atrás.

Una vez en el gobierno no es difícil de pronosticar que van a sufrir un fuerte desgaste y que sus apoyos disminuirán en el caso de que sean incapaces de mejorar la situación. Además de la crisis económica que padecen muchos de los países árabes, tendrán que dar respuestas a algunos de los males endémicos del mundo árabe: la pobreza, el analfabetismo, la falta de democracia, la violación de los derechos humanos, los elevados presupuestos militares, los escasos gastos sociales, la marginación de la mujer y el déficit tecnológico. ¿Serán capaces de avanzar en todos estos terrenos al

mismo tiempo que libran un pulso con los sectores contrarrevolucionarios? Creo que la mejor forma de afrontar esta complicada agenda es establecer amplias coaliciones de gobierno en las que estén representadas todas las sensibilidades políticas, tal y como ha ocurrido en Túnez donde Ennahda ha buscado el apoyo del Congreso por la República y del Bloque por el Trabajo y las Libertades, segunda y tercera fuerzas que cuenta con 51 escaños en la Asamblea Constituyente. El periodo de transición que ahora se abre es bastante incierto, porque los árabes deberán encontrar su propio modelo que no necesariamente será el mismo del vigente en Turquía, donde el partido islamodemócrata del AKP ha conseguido profundizar en la senda democrática y conseguir un sólido crecimiento económico. Las nuevas Constituciones que se preparan en Túnez y Egipto servirán de termómetro para conocer si se busca un consenso real entre las diferentes formaciones o, por el contrario, los islamistas harán valer su peso político.

Más peligroso me parece el avance experimentado por los sectores salafistas en Egipto. Debe tenerse en cuenta que estos grupos se habían mantenido tradicionalmente al margen de la política, por considerar que la democracia era una imposición occidental y era ajena a las tradiciones del islam. El gobierno del pueblo representa, a sus

“*En los últimos años, Arabia Saudí ha financiado generosamente a los salafistas con la esperanza de mantener su influencia sobre los cambios.*”

ojos, una clara apostasía porque lo que ellos exigen es el gobierno de Dios a través de la imposición de la *sharia*. La irrupción de Al-Nur en las elecciones egipcias ha demostrado su fortaleza, ya que han obtenido más de un 25%

de los votos, consagrándose como la segunda fuerza política del país. En mi opinión no debería haberse permitido que concurrieran a las elecciones, ya que la Ley Electoral egipcia prohíbe expresamente la participación de fuerzas financiadas por países extranjeros. En los últimos años, Arabia Saudí ha financiado generosamente a los salafistas con la esperanza de mantener su influencia sobre los cambios que tendrán lugar en los próximos años en Egipto y con la voluntad de cortocircuitar la implantación de una democracia plena, hecho que tendría efectos inmediatos en el conjunto del mundo árabe y, también, en el propio reino saudí. Debe tenerse en cuenta que Egipto, con 80 millones de habitantes, es el epicentro del mundo árabe

y siempre ha marcado las pautas históricas que, tarde o temprano, han acabado por llegar al resto del mundo árabe.

¿Qué reacción ha tenido la Liga Árabe ante las revueltas populares en el Norte de África y Medio Oriente?

La actitud de la Liga Árabe ante las revueltas ha sido ambivalente. Debe tenerse en cuenta que este organismo ha sido incapaz, desde su creación en 1945, de resolver los conflictos que han enfrentado a los países árabes. Parte de la culpa estriba en sus propios estatutos que estipulan que las decisiones deben tomarse por unanimidad y que los países que no las aprueben no deberán aplicarlas. Esta circunstancia, unida al enfrentamiento entre los bloques progresista y conservador en las décadas de los cincuenta y los sesenta, redujeron notablemente su margen de maniobra. Posteriormente, con la expulsión de Egipto tras la firma de los Acuerdos de Camp David en 1978, la Liga Árabe se vio sumida en querellas internas entre los países que aspiraban a detentar una posición hegemónica dentro del sistema árabe, especialmente Arabia Saudí, Irak y Siria.

Tras las revueltas árabes, la Liga Árabe ha evidenciado su intención de jugar un papel mucho más activo, tal y como se ha visto en las crisis libia y siria (pero no en la bahreiní), debido a la emergencia de nuevos actores en la escena árabe y, en particular, al determinante papel desempeñado por Qatar, que a pesar de ser un país periférico con escaso peso ha adquirido una gran relevancia por albergar la sede de Al-Jazeera. En el caso de Libia, la Liga Árabe se movilizó rápidamente para reconocer al Consejo Nacional Transitorio y para pedir que se estableciera un embargo de armas y zonas de exclusión aérea para proteger a la población civil de los bombardeos de Gadafi. En este sentido había un consenso prácticamente total entre los países árabes en torno a la necesidad de impedir que se perpetrara una matanza de proporciones colosales en Bengassi, la ciudad que se había revelado contra Gadafi. Por eso, la Liga Árabe elevó la cuestión al Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. Debe tenerse en cuenta, también, que

“*Tras las revueltas árabes, la Liga Árabe ha evidenciado su intención de jugar un papel mucho más activo, tal y como se ha visto en las crisis libia y siria.*”

buena parte de los dirigentes árabes tenían cuentas por saldar con el coronel Gadafi, líder excéntrico que había colisionado en numerosas ocasiones con los países del entorno. Su eventual caída era contemplada con alivio por buena parte del mundo árabe. Qatar asumió el protagonismo diplomático desde un primer momento, pero se encontró con una respuesta favorable de casi todos los países árabes a excepción de Argelia, Yemen y Siria, que no querían crear precedentes que posteriormente pudieran ser empleados en sus propios países.

En el caso de Siria, la Liga Árabe también ha actuado con celeridad y contundencia. En un primer momento pidió el cese de la represión y se ofreció a enviar observadores internacionales para apaciguar la situación. De hecho, el régimen sirio se comprometió a aceptar la presencia de una misión de observadores árabes, así como a entablar un diálogo con la oposición, a liberar a los detenidos desde el inicio de la revuelta popular, a retirar a sus tropas de las zonas urbanas y a permitir la entrada de prensa internacional. Sin embargo no cumplió con ninguno de estos compromisos, razón por la cual la Liga Árabe decidió congelar la participación siria en el seno de la organización y entablar diálogo con los grupos opositores. Al proseguir la represión, la Liga decidió retirar a sus observadores y se mostró a favor de la salida del poder de Bashar al-Asad. Ahora parece inclinada a traspasar el dossier sirio al Consejo de Seguridad para que adopte las medidas oportunas para impedir el derramamiento de sangre. El principal problema es que Rusia ya ha dejado claro que no permitirá que se apruebe una resolución de condena contra el régimen sirio, ni tampoco que se impongan sanciones a Bashar al-Asad como el embargo de armas o zonas de exclusión aérea, dado que son plenamente conscientes que ese fue el camino que abrió la puerta a una intervención internacional en Libia y no quieren cometer el mismo error con un país amigo. Como en el caso del país africano, nos encontramos con un patrón similar en el que Qatar ha jugado un papel central a la hora de imponer sanciones contra Siria y empujar a la Liga Árabe a adoptar una posición crítica hacia Siria.

En el caso de la Libia post-Gadafi, ¿qué particularidades destacan en la actuación de las Naciones Unidas previamente a la invasión? ¿Qué errores comete el gobierno de Muamar el Gadafi que puedan haber precipitado el desenlace que se dio en ese país?

El Consejo de Seguridad adoptó dos resoluciones, la 1970 y la 1973, que imponían sanciones contra los hombres fuertes del régimen, así como un embargo de armas y zonas de exclusión aérea para evitar el derramamiento

de sangre de la población civil. Lo hizo invocando a la responsabilidad de protegerla, argumento que fue aceptado por todos los miembros permanentes del Consejo de Seguridad. Ahí reside la novedad, ya que en otras ocasiones no se pudo encontrar un consenso similar. La OTAN asumió rápidamente la tarea de velar por el cumplimiento de las resoluciones, pero se extralimitó en sus funciones, puesto que el embargo de armas afectaba teóricamente a todas las partes enfrentadas en el conflicto y no sólo a las tropas leales a Gadafi. Además se posicionó del lado del bando rebelde golpeando objetivos militares del bando pro-Gadafi e impidiendo el avance de las tropas gubernamentales, algo que superaba claramente el contenido de las resoluciones 1970 y 1973.

Pronto quedó en evidencia que no nos hallábamos ante un nuevo orden internacional ni que otros países canallas recibirían el mismo trato. Sería inconcebible que Israel, Bahrein o Yemen, aliados estratégicos de EE UU en la región, corrieran la misma suerte pese a su constante violación de los derechos humanos.

No está de más recordar que el Informe Goldstone de Naciones Unidas determinó que Israel perpetró crímenes de guerra y de lesa humanidad en la Operación Plomo Fundido contra Gaza sin que ello se haya

“*No está de más recordar que el Informe Goldstone de Naciones Unidas determinó que Israel perpetró crímenes de guerra y de lesa humanidad en la Operación Plomo Fundido contra Gaza.*”

saldado con la imposición de ningún género de sanciones. Tampoco parece factible que Washington vaya a revisar su relación con Bahrein, base de la V Flota norteamericana, tras la detención de los principales líderes de la revuelta bahreiní o con Yemen, elemento central de su lucha contra Al-Qaeda, por el asesinato de centenares de manifestantes. No cabe imaginar un efecto dominó gracias al cual quienes violan la legalidad internacional sean perseguidos con igual encono. La actuación de la comunidad internacional debe contemplarse más en clave de continuidad que de ruptura.

Los errores de Gadafi fueron colosales. Como otros dirigentes árabes fue incapaz de interpretar adecuadamente las transformaciones radicales que estaban teniendo lugar en el mundo árabe. Tras la caída de Ben Ali y Mubarak, no supo comprender que ya nada volvería a ser igual y que no había vuelta atrás. Mientras otros dirigentes como el rey Muhamed VI de Marruecos o Abdallah II de Jordania actuaron de manera preventiva asu-

“ *Los errores de Gadafi fueron colosales. Como otros dirigentes árabes fue incapaz de interpretar adecuadamente las transformaciones radicales que estaban teniendo lugar en el mundo árabe.* ”

miendo parte de las demandas históricas de la oposición, Gadafi decidió enroscarse en el poder aludiendo a una supuesta conspiración de Al-Qaeda para desestabilizar Libia. Al igual que Bashar al-Asad en Siria, respondió con bravatas militares prometiendo convertir la región en un infierno en lugar de entablar negociaciones con la oposición y adoptar una batería de reformas que hubieran impedido el estallido de la guerra civil. Finalmente infravaloró a la Liga Árabe y al Consejo de Seguridad, que estaban determinadas a aprovechar la ola de revueltas árabes para acelerar un cambio en la relación de fuerzas regionales. Tampoco valoró acertadamente que la oposición podría coordinarse con algunos elementos del régimen para acelerar su caída. Estos errores de interpretación evidencian hasta qué punto los dirigentes autoritarios árabes se encuentran distanciados de sus poblaciones y han perdido cualquier noción de la realidad.

En el caso actual de Siria: El Consejo de Derechos Humanos de la ONU ofrece la cifra de 4000 mil muertos por la represión del actual gobierno hasta finales del mes de noviembre 2011. En su opinión, ¿qué realidades, y qué peculiaridades del gobierno presidido por Bashar al Assad debemos ponderar a fin de determinar la naturaleza de las protestas populares en dicho país?

Bashar al-Asad ha repetido, uno tras otro, errores de manual con el agravante de que no ha extraído ninguna lección de lo ocurrido previamente en Túnez, Egipto o Libia. En lugar de responder a las movilizaciones populares con una batería de reformas para modificar el carácter autoritario del régimen, Bashar optó por la represión de la revuelta popular y por la denuncia en torno a una supuesta conspiración internacional destinada a destruir al último bastión del arabismo. Según esta interpretación, Israel, Estados Unidos y Arabia Saudí se estarían coordinando para descabezar al régimen.

Las elites sirias han percibido que lo que está en juego es su propia supervivencia y que sólo cabe oponerse a las demandas de la población, puesto que cualquier concesión sería interpretada como un signo de debilidad

que irremediabilmente conduciría al final del régimen. Entre los principales respaldos del régimen está el Partido Baaz, que en 1963 conquistó el poder en Siria por medio de un golpe de estado, y las Fuerzas Armadas, que desde entonces han acumulado un poder prácticamente ilimitado al que no renunciarán fácilmente. La cúpula militar constituye el pilar fundamental del sistema político, si bien no son los máximos responsables de las unidades armadas los que detentan y administran esta influencia política, sino quienes se encuentran al frente de los múltiples servicios de inteligencia, coto privado de la secta alawí a la que pertenece Bashar y que representa el 11% de la población. El resto de las minorías confesionales (cristianos, drusos e ismaelíes), que representan un 25% de la población, han sido

“*Las elites sirias han percibido que lo que está en juego es su propia supervivencia y que sólo cabe oponerse a las demandas de la población.*”

tradicionalmente próximas al régimen al entender que su caída propiciaría la llegada al poder de los islamistas (los árabes suníes representa un 65% de la población). Estas minorías han sido siempre leales al proyecto secular baazista, puesto que lo consideraban un muro de contención frente a quienes demandaban la instauración de un Estado islámico.

En lugar de acceder a introducir reformas, como pedía una parte significativa de la población, el régimen sirio se inclinó por la vía de la represión. La tarea sucia fue encomendada a Maher al-Asad, quien al frente de la Guardia Republicana y de la IVª División Armada (que suman 30.000 efectivos, la mayor parte de ellos alawíes), reprimió brutalmente las manifestaciones. Sin embargo, no contaban con que la revuelta se extendería a prácticamente todo el territorio y que el propio régimen sería incapaz de someter a todas las zonas alzadas. El número de víctimas, diez meses después del arranque de la revuelta, supera las 5.500 a los que deben sumarse decenas de miles de detenidos y desaparecidos. Las principales organizaciones internacionales de derechos humanos –Amnistía Internacional y Human Rights Watch– han acusado al régimen de perpetrar crímenes de lesa humanidad y el Consejo de Derechos Humanos de las Naciones Unidas ha condenado “las sistemáticas y graves violaciones de los derechos humanos cometidas de forma continuada por las autoridades sirias como ejecuciones arbitrarias, uso excesivo de la fuerza y la muerte y persecución de manifestantes y defensores de los derechos humanos” y ha abierto una

investigación para “identificar, cuando sea posible, a sus responsables con el objeto de asegurar que rindan cuentas por sus acciones”.

La oposición, que en un principio estaba desorganizada, se ha agrupado en tres grandes plataformas. Los Comités de Coordinación Local, que son los que llevan el peso de la movilización ciudadana en el interior del país. El Consejo Nacional Sirio, que ha asumido la representación de la oposición en el exterior del país bajo la dirección del intelectual Burhan Ghalyun y la Coordinadora Nacional de la Fuerzas del Cambio Democrático, dirigida por el disidente Haizam Manna. Estas últimas mantienen un duro enfrentamiento por la representación de la oposición siria y discrepan en torno a una eventual intervención internacional en Siria.

El goteo incesante de desertiones en las filas del Ejército sirio ha llevado a la creación del Ejército de Siria Libre, que ha lanzado numerosas emboscadas contra las tropas leales al régimen. Por lo tanto estamos en un escenario que cada vez recuerda más a lo ocurrido en Libia, ya que lo que comenzó siendo una revuelta pacífica se ha militarizado parcialmente. De hecho ya han empezado a entrar armas desde los países del entorno, especialmente desde Líbano y Turquía, y las tropas sirias ya no controlan todo el país. En este contexto creo que la caída del régimen es una mera cuestión de tiempo, a pesar de que todavía sigue conservando ciertos apoyos en Damasco y Alepo, así como entre las minorías confesionales. Sin embargo, el intenso aislamiento internacional unido al agravamiento de la crisis económica parecen haber debilitado al régimen y dividido a sus elites dirigentes. A pesar de lo anteriormente dicho no creo que sea factible un escenario de guerra civil o de guerra sectaria, tal y como ocurriera en Líbano o en Irak. Aunque la sociedad siria es bastante heterogénea y los alawíes están estrechamente vinculados con el poder, también creo que la oposición siria es lo suficientemente madura para evitar lanzar una caza de brujas contra una minoría confesional.

Al igual que ha ocurrido en Túnez y en Egipto, los islamistas podrían ser los principales beneficiados de la caída de los Asad, aunque Siria tiene sus propias especificidades. Además de contar con una cuarta parte de la población no musulmana sunní, también nos encontramos con una fuerte presencia de población laica que no desea el establecimiento de un Estado religioso regido por la *sharia*. Todo ello obligará a los islamistas a establecer un amplio gobierno de coalición en el que estén representadas las diferentes sensibilidades políticas. De lo contrario está servido el enfrentamiento entre las dos Sirias. También habrá que buscar una solución a la cuestión kurda, ya que los kurdos sirios reclaman que sea

reconocida su identidad y que puedan disfrutar de una autonomía en las zonas donde son mayoritarios, demandas que despiertan no pocas inquietudes entre la propia oposición siria donde los kurdos están claramente infrarrepresentados.

Ánkara ha suspendido la cooperación con Damasco hasta que haya “un gobierno en paz con su pueblo”. ¿Qué opinión le merece la postura del Gobierno de Turquía en el caso de Siria?

Durante la travesía del desierto que hizo Bashar al-Asad tras el asesinato de Rafiq al-Hariri en 2005, Turquía fue el único país que respaldó a Siria estableciendo unos estrechos vínculos comerciales y políticos. Este giro en las relaciones exteriores turcas dio un vuelco a las relaciones bilaterales, ya que desde la caída del Imperio Otomano ambos países habían vivido uno de espaldas al otro a pesar de compartir una frontera de más de 900 kilómetros. Lamentablemente, la salvaje represión de las manifestaciones ha destruido esta relación privilegiada. Desde los primeros momentos de las movilizaciones populares, Ánkara intentó mediar entre las partes recomendando al presidente Bashar al-Asad que introdujera reformas de calado y que oyera las demandas de su pueblo. Ante los desplantes del régimen, Turquía decidió ofrecer su territorio para que se celebraran los primeros encuentros de la oposición siria. No en vano, el Consejo Nacional Sirio se creó en Estambul.

Al contrario que el régimen sirio, Erdogan tiene una visión estratégica de lo que está ocurriendo en el mundo árabe y es consciente que nos encontramos ante un cambio sistémico en el que se está replanteando el sistema que se estableció tras las independencias nacionales. Turquía no quiere perder el tren de la historia y quiere aprovechar estas transformaciones políticas para recuperar protagonismo en el área mediterránea. Es plenamente consciente de que, tras la caída de los regímenes autoritarios y el ascenso de los islamistas al poder, muchos miran al AKP como un modelo a seguir. Su exitosa combinación de reformas políticas y crecimiento económico, que tan buenos resultados les he dado en las urnas, podría ser de utilidad para Túnez, Marruecos y Egipto, donde los partidos islamistas se han hecho con la mayoría de los Parlamentos. No sólo eso: además el AKP ha salido exitoso del pulso que ha librado con el Ejército turco, tarea pendiente en Egipto. No nos debe extrañar que Erdogan fuese el principal mandatario internacional en visitar Túnez, Egipto y Libia tras la Primavera Árabe, ni tampoco que haya tenido un papel central en el seno de la Liga Árabe, a pesar de no formar parte de ella, a la hora de reclamar medidas

punitivas contra aquellos regímenes que violen los derechos humanos y se nieguen a escuchar la voz de sus pueblos.

Sin embargo Turquía no es el único país que está intentando influir en la búsqueda de ese nuevo modelo a seguir. También Arabia Saudí pretende jugar un papel central en el nuevo sistema árabe y recuperar el protagonismo perdido en la última década y, de manera especial, tras la invasión norteamericana de Irak. Frente al modelo islamodemócrata representado por el AKP turco, Arabia Saudí pretende exportar su modelo salafista ultraconservador. Para ello cuenta con los 500.000 millones de dólares anuales que le proporcionan las exportaciones de petróleo. Con ellos financia a los movimientos salafistas árabes que en las últimas décadas han establecido redes de solidaridad para ofrecer servicios sociales a los sectores más desfavorecidos. Ha de tenerse en cuenta que en Egipto dos de cada cuatro personas vive bajo el umbral de la pobreza. Los salafistas les ofrecen ayuda alimentaria y sanitaria, pero no de manera gratuita y desinteresada, ya que a cambio de estas ayudas les exigen que comulguen con su ideario y vivan de manera acorde a las pautas del wahhabismo. Además del mimbar de las mezquitas, los predicadores salafíes cuentan con numerosos canales de televisión por satélite establecidos en la época de Mubarak. La principal obsesión de los salafistas es la defensa de la moral y el cumplimiento formal de los preceptos islámicos, aunque no tienen vocación política y consideran que deben obedecer ciegamente a los gobernantes siempre que éstos sean buenos musulmanes y apliquen la *sharia*.

“*La principal obsesión de los salafistas es la defensa de la moral y el cumplimiento formal de los preceptos islámicos.*”

De hecho, los clérigos salafistas se mostraron en contra de las manifestaciones contra el régimen de Mubarak al considerar que los musulmanes debían obediencia ciega a sus gobernantes, fueran estos buenos o malos musulmanes, todo ello siguiendo las prédicas del teólogo medieval Ibn Taymiya quien dijo que “sesenta años de un gobernante injusto son mejores que una sola noche sin gobierno”. Se entiende así que el depuesto Mubarak favoreciera la implantación de los salafistas con el objetivo de mantener a los egipcios alejados de la política, pero también de crear un contrapeso a los

Hermanos Musulmanes. Como ha señalado el escritor Alaa al Aswany, los telepredicadores “jamás hablan de libertad, justicia e igualdad, que son los valores humanos para cuya realización el islam fue originalmente revelado”. De hecho cuando estalló la Revolución del 25 de enero, el influyente clérigo salafista Mahmud Amer criticó la movilización ciudadana y recordó que, según los textos sagrados, estaba estrictamente prohibido alzarse contra los gobernantes. A los saudíes les conviene esta lectura reduccionista del islam, puesto que garantiza su control absoluto del Estado y de todos sus recursos mientras que domestica a la población. Además, Arabia Saudí trata de sabotear los intentos de establecer una democracia exitosa en Egipto, puesto que significaría el principio del fin de su modo de gobierno absolutista en el que no existen partidos políticos, ni Parlamento, ni sindicatos ni tampoco prensa independiente, por no hablar de la penosa situación de la mujer, consideradas ciudadanas de segunda categoría desde el punto de vista legal.

Israel también ha padecido los embates de esta “Primavera”, sobre todo porque la clase media de ese país ha protestado contra la actual situación de desempleo e inflación, ignoradas por un gobierno cuya prioridad es la guerra y la exacerbación del despojo territorial de Palestina. ¿Qué reflexión podría hacernos sobre el particular?

Israel es la principal víctima de la Primavera Árabe, aunque todavía confía en sacar partido de la nueva situación sobre el terreno. Es cierto que también la juventud israelí se ha movilizado en las calles de Tel Aviv para protestar contra las políticas neoliberales del gobierno de Netanyahu y contra la pérdida de poder adquisitivo de las clases medias, pero el gran ausente en estas movilizaciones ha sido la cuestión palestina, ya que no han cuestionado las políticas colonizadoras aplicadas en los Territorios Ocupados. Las principales quejas de la población son la carestía de la vivienda y el aumento del coste de la vida, pero no hay una crítica directa contra el proyecto sionista que requiere la desposesión del pueblo palestino.

Debe tenerse en cuenta que las elites económicas, militares y políticas israelíes coinciden en la necesidad de mantener un estado de guerra permanentemente gracias al cual puedan perpetuarse en el poder e imponer numerosos sacrificios a la población israelí. Para que la sociedad israelí siga comprando este discurso es necesario que existan enemigos que amenacen la seguridad de Israel. Antaño era la OLP y el Irak de Sadam Husein, ahora son Hamas e Irán. Es obvio que la culminación del proceso de paz con la creación de un Estado palestino obligaría a replantear la actual repartición de poder y a reorientar la economía israelí. Por eso es imprescindible que las negociaciones

no lleguen nunca a buen puerto, ya que las elites que han dirigido los destinos del Estado israelí desde su creación perderían su posición hegemónica. La paz traería la normalización con los vecinos árabes y obligaría a Israel a entrar en una etapa post-sionista en la que probablemente no se sentiría tan cómoda como hasta ahora. Sin un enemigo exterior, las diferencias que separan a la heterogénea sociedad israelí saldrían a flote provocando una colisión entre los sectores ultraortodoxos y laicos.

Debe tenerse en cuenta que Israel se encuentra en un callejón sin salida y que la llegada de los islamistas al poder en buena parte del mundo árabe podría intensificar su aislamiento. Es difícil imaginar que un futuro gobierno islamista egipcio colabore con Israel en la asfixia de la Franja de Gaza o secunde una campaña militar para acabar con Hamas. Además hay sectores importantes de la sociedad egipcia que abogan por la derogación de los Acuerdos de Camp David debido a su fragante incumplimiento por parte de Israel, que no ha permitido la autodeterminación de los palestinos tal y como recogían dichos acuerdos. Otro tanto puede ocurrir en Jordania en el caso de que los islamistas lleguen al poder. Mientras esto ocurre en el

“*Debe tenerse en cuenta que Israel se encuentra en un callejón sin salida y que la llegada de los islamistas al poder en buena parte del mundo árabe podría intensificar su aislamiento.*”

mundo árabe, Israel intensifica sus políticas anexionistas en los Territorios Ocupados expropiando tierras palestinas y ampliando sus colonias con el propósito de hacer inviable un Estado palestino. Puede que esta estrategia cortoplacista mantenga en pie al gobierno de coalición israelí, pero difícilmente resuelve los problemas

en el medio y largo plazo. Israel no puede anexionar por las buenas esos territorios, ya que pondría en peligro el carácter judío de dicho Estado. Hoy en día viven en la Palestina histórica tantos palestinos como israelíes. No creo que sea posible para Israel mantener por más tiempo esta situación de *apartheid* en la que vive la población palestina a pesar de la ausencia de críticas de la comunidad internacional que se ha amoldado dócilmente a la ocupación.

¿Qué perspectivas vé Ud. en el pueblo palestino ante esta coyuntura de cambios políticos en la región?

La población palestina también se ha movilizado activamente en Gaza y Cisjordania exigiendo la reunificación de las filas palestinas y el final del

enfrentamiento entre Fatah y Hamas. Debido a la intensa presión popular, ambas formaciones sellaron un pacto de reconciliación el pasado mes de mayo. Además de la formación de un gobierno de unidad nacional, las dos principales fuerzas palestinas se comprometieron a reformar la OLP y a celebrar nuevas elecciones. En mi opinión, ambas formaciones deberían formar un frente común ante los retos a los que se enfrenta la cuestión palestina. No veo la necesidad de convocar nuevas elecciones mientras se mantenga la situación actual porque la política anexionista israelí requiere una respuesta contundente que sólo puede darse por medio de la unidad. Unas nuevas elecciones serían contraproducentes, ya que dividirán a los palestinos y no conseguirían impulsar la creación de un Estado independiente. Sería mucho más positivo que las fuerzas palestinas alcanzaran una repartición de funciones y conformaran un gobierno de unidad permanente.

De esta manera lanzarían un claro mensaje tanto a Israel como a los países occidentales de que no permitirán la injerencia en los asuntos domésticos palestinos ni tampoco tolerarán que EEUU o la UE boicoteen a un gobierno en el que se integre Hamas. Hemos llegado a una situación completamente surrealista en la cual la Administración de Obama se reúne con los Hermanos Musulmanes egipcios, jordanos y sirios, pero mantiene la cuarentena sobre Hamas. Todo ello a pesar del pragmatismo del que ha hecho gala la rama palestina de la Hermandad, que acepta la creación de un Estado palestino sobre Gaza y Cisjordania con capital en Jerusalén Este, exactamente igual que Fatah, y ha anunciado su intención de revisar su estrategia de confrontación armada ante la incapacidad de derrotar en el terreno de batalla a Israel mostrándose partidario de concentrar todas sus energías en una solución negociada.

En todo caso creo que el clima regional es propicio para que los palestinos refuercen su posición frente a Israel. Está claro que la Primavera Árabe es perjudicial para los intereses de Israel y para su proyecto colonizador. Los palestinos han recuperado parcialmente el protagonismo al pedir el

“ Hemos llegado a una situación completamente surrealista en la cual la Administración de Obama se reúne con los Hermanos Musulmanes egipcios, jordanos y sirios, pero mantiene la cuarentena sobre Hamas. ”

reconocimiento del Estado de Palestina por las Naciones Unidas, pero creo que deberían ser mucho más ambiciosos y plantear la disolución de la propia Autoridad Palestina en el caso de que Israel se niegue a aceptar la creación de un Estado. De esta manera, Israel tendría que volver a asumir el pesado fardo de la ocupación y dedicar importantes recursos a administrar a los cuatro millones de palestinos que viven en Cisjordania, Gaza y Jerusalén Este. Como en los años ochenta, la sociedad israelí percibiría que la ocupación tiene un elevado coste y que la política laborista del “nosotros aquí y ellos allí” no puede mantenerse de manera indefinida. A su vez, la comunidad internacional se vería obligada a replantearse su política contemporizadora y a adoptar sanciones contra Israel en el caso de que intensifique su sistema de segregación racial. Quizás así se rompería el círculo vicioso en el que actualmente nos encontramos.

¿A un año de haberse iniciado, ¿cuál es el balance inicial de la llamada Primavera Árabe?

El balance no puede ser más que positivo. En un solo año han caído cuatro dictadores: Ben Ali en Túnez, Mubarak en Egipto, Gadafi en Libia y Saleh en Yemen. Al-Asad, en Siria, está en la cuerda floja y su caída tan sólo es una cuestión de tiempo. La amplia movilización de la calle árabe en demanda de dignidad y libertades ha cuestionado la existencia de una “excepción islámica” según la cual los árabes serían refractarios a la democracia y proclives al despotismo. Las revoluciones árabes demuestran a las claras que los árabes no están contentos de vivir bajo el autoritarismo y que los obstáculos para la reforma política no son ni permanentes ni insalvables. Me parece importante destacar, al mismo tiempo, que las revueltas han sido esencialmente movimientos no violentos, lo que nos obliga a destacar el valor de la resistencia civil como medio para instaurar la democracia. Las revueltas vienen a demostrar que no hay nada en las sociedades islámicas que las haga inmunes a la democracia, los derechos humanos, la justicia social o la gestión pacífica de los conflictos, como pretenden quienes defienden algunas lecturas culturalistas.

Otro elemento importante es que, pese a las particularidades de cada país, la población árabe comparte unas mismas reivindicaciones como el desmantelamiento del Estado autoritario, el respeto al gobierno de la ley, la lucha contra la corrupción, la derogación de las leyes de emergencia, el fin de los sistemas monopartidistas, la separación de poderes, el respeto a las libertades civiles, la enmienda de las constituciones y, por último, la celebración de elecciones libres, transparentes y, sobre todo, competitivas.

Eso es lo que ha ocurrido ya en Túnez y Egipto, donde los partidos islamistas se han impuesto con holgura. Ahora tendrán que gestionar una agenda extremadamente complicada y resolver algunos de los problemas endémicos de las sociedades árabes. La población no permitirá que un autoritarismo sea reemplazado por otro y se movilizará en el caso de que los islamistas intenten perpetuarse en el poder.

Como consecuencia de las revueltas, la imagen de los árabes ha mejorado notablemente en el conjunto del mundo. Además han provocado un efecto ósmosis en algunos países occidentales como Grecia, Italia o España, en los que la población percibe que existe un déficit democrático debido al abismo que separa a gobernantes y gobernados. La crisis económica, y las consiguientes medidas adoptadas para contener el gasto público, han acentuado este descontento. En este contexto no es de extrañar que la plaza de Tahrir y su capacidad transformadora se convirtiera en un referente para muchos activistas occidentales. En la puerta de Sol, en el corazón de Madrid, algunos de los manifestantes llevaban banderas egipcias, lo que es indicativo del surgimiento de una solidaridad transnacional que no conoce fronteras.

También parece claro que las revueltas árabes han provocado un cambio sistémico ante el cual EEUU y la UE deberán reaccionar si no quieren perder posiciones y quedar relegados a un segundo plano en el nuevo orden árabe emergente. Durante años ambos actores establecieron estrechas alianzas con los dictadores de turno y consideraron que su perpetuación en el poder era la mejor manera para salvaguardar los intereses occidentales que no eran otros que la preservación de la estabilidad, el acceso a los hidrocarburos, el combate contra el terrorismo y la lucha contra la inmigración. A pesar de la sistemática vulneración de los derechos humanos y la persecución de las libertades, Europa fortaleció sus alianzas con los autócratas árabes contraviniendo los propios tratados de asociación que tenían cláusulas de condicionalidad para evitar que dichos acuerdos fueran aplicados en el caso de que fuesen violados los derechos humanos. Ahora, la UE deberá replantear el Proceso Euro-Mediterráneo y su Política de Vecindad, basados en el entendimiento acríptico con los regímenes autoritarios, y entablar un diálogo constructivo con los nuevos gobiernos de corte islamista (Ennahda en Túnez, el Partido de la Justicia y la Libertad en Egipto o el Partido de la Justicia y el Desarrollo en Marruecos) si no quiere quedar condenada a la irrelevancia.

Lamentablemente no veo a la UE en condiciones de adecuarse a la nueva coyuntura existente sobre el terreno por varias razones, entre ellas la aguda crisis económica que padece que le obligará a concentrar buena parte de sus energías en la agenda económica. Además no hay una política

exterior común, sino que existen 27 políticas exteriores diferentes. Muchos países apenas tienen relación con los países de la cuenca sur mediterránea y los intercambios comerciales (si excluimos la importación de petróleo y gas de Argelia, Libia y Egipto) son bastante limitados. Tampoco creo que el servicio diplomático pueda cambiar de interlocutores de la noche a la mañana y entablar un diálogo constructivo con actores que hasta hace unos pocos meses eran satanizados de manera sistemática.

